

De carta en carta

Ana María Machado



Querido abuelo
tengo que a jugar con papá
ne enseña mucho
que no sabe extrañar
pero cuando la lluvia cae
cuando la lluvia cae



Mercosur lee

BRASIL

"De carta en carta" (Fragmento) de Ana María Machado
en *De carta en carta*, Editorial Alfaguara, Grupo Santillana
Buenos Aires, Argentina, 2004.

© Ana María Machado

© Alfaguara

Agradecemos especialmente la colaboración de Alfaguara Argentina

Imagen de tapa: Micaela Bueno

Ilustraciones: Rocío Arozarena

Diseño de colección: Campaña Nacional de Lectura

Colección: "Mercosur lee"

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología

Unidad de Programas Especiales

Campaña Nacional de Lectura

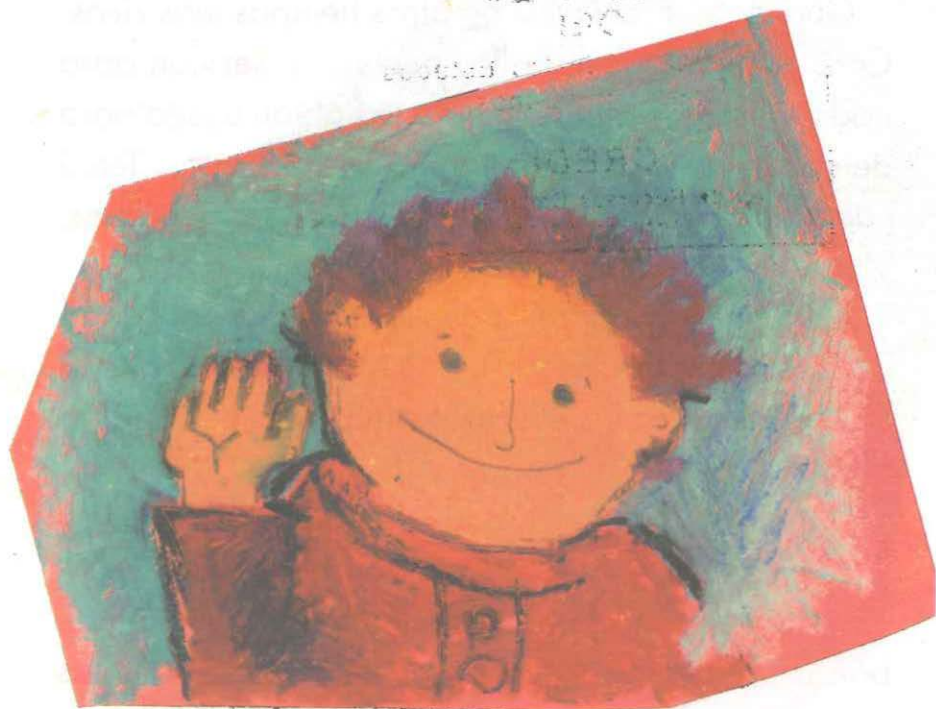
Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires. Tel: (011) 4129 1075

campnacionaldelectura@me.gov.ar - www.me.gov.ar/lees

República Argentina, 2005

DE CARTA EN CARTA

ANA MARÍA MACHADO



Érase una vez un niño pequeño que vivía en una ciudad pequeña. Me parece que no fue hace mucho tiempo. Ni muy lejos de aquí. Y que el niño, en realidad, no era tan pequeño. Pero aún no sabía leer ni escribir; como le pasaba a mucha gente en aquella ciudad, incluso a personas mucho mayores y más viejas que él.

La ciudad era antigua y se encontraba a la orilla del mar. Tenía calles estrechas, bonitas iglesias y plazuelas.

Guardaba recuerdos de otros tiempos más ricos. Conservaba unas murallas que ya no servían para nada, pero que antiguamente se habían usado para defender la ciudad del ataque de los piratas. Tenía casas de dos pisos, con jardines en patios interiores, y terrazas con macetas llenas de flores.

Y en algunos lugares, aquellas terrazas del segundo piso eran grandes y estaban sobre unos arcos que se apoyaban en las aceras, formando pórticos alrededor de las plazas y paseos.

Una de esas plazas era la de los Escribidores.

Allí, debajo de las arcadas, se podían ver los bancos donde trabajaban unos hombres que se dedicaban a escribir todas las cosas importantes que las personas de aquella ciudad necesitaban escribir y no sabían: cartas, mensajes, documentos.

Algunos de aquellos escribidores apoyaban la máquina de escribir encima de mesas pequeñas, escritorios o incluso cajones.

Otros, que estaban empezando en la profesión, escribían a mano y cobraban más barato.



Pero todos pasaban el día allí, sentados alrededor de la plaza, conversando y esperando encargos.

Ésta es la historia de dos clientes de los escribidores. Un niño llamado Pepe y su abuelo José.



Pepe y José vivían en la misma casa, con el resto de la familia: cuatro niños más y los padres del niño. La madre, Teresa, era hija del abuelo José.

Todos los días, muy temprano, el padre y la madre salían a trabajar. Los hermanos mayores iban a la escuela y Pepe se quedaba con el abuelo. Ya tenía edad para ir al colegio, pero no quería. Prefería quedarse jugando, además decía que tenía que hacer compañía al abuelo, y los padres acababan por dejarlo.

El señor José había sido un excelente jardinero. Ahora estaba cansado, aunque todavía hacía pequeños trabajos en las casas de la vecindad.

Muchas veces José se llevaba a su nieto con él, como ayudante.

Los dos se llevaban muy bien, aunque reñían bastante. Eran muy parecidos, tercos y provocadores.

Discutían por cualquier cosa:

—Escarda ese jardín. Con mimo, ¿eh...? No dejes ni una mala hierba...



—Ay, abuelo, no me apetece. Por qué no hacemos esto, verás, tú quitas las malas hierbas y yo riego.

—Nada de eso. Lo vas a encharcar todo. Tú siempre echas demasiada agua, ahogas las plantas...

—Y tú siempre llevas la regadera medio vacía, porque no puedes cargar con el peso. Las plantas se van a acabar muriendo de sed, ¿no lo ves? Deja que yo lo haga.

—¿Me estás diciendo que no tengo fuerzas? ¿Que estoy viejo y ya no sirvo para nada?

—Es que no tienes fuerzas... Sólo estoy diciendo la verdad... No te vayas a enfadar ahora por una tontería.

—Eres un malcriado, eso es lo que pasa. Se lo voy a contar a tu padre. Para que te castigue, vas a ver. Como no te disculpes, cuando llegue, ja, ja, le voy a contar todo lo que haces durante el día.

El niño no quería que lo castigarán. Pero no iba a disculparse. Se quedó callado, conteniendo la rabia. El abuelo seguía rezongando:

—Todos los días lo mismo. No tienes ningún respeto. Nunca he visto que un niño de tu edad diga esas cosas a un viejo. En mis tiempos esto no pasaba... Eres un maleducado. Como me vuelvas a decir algo así, vas a ver...

Furioso, Pepe salió de casa. Dio un portazo, pero no se sintió mejor. Si no quería que lo castigaran, no podía contestar al abuelo, aunque ganas no le faltaban. Si supiera... le diría cuatro cosas, pero sin hablar. Le



escribiría al viejo una carta bien descarada. Pero no sabía escribir. Y tampoco tenía ganas de ir a la escuela a aprender.

Comenzó a andar por la calle, insultó por lo bajo, dio una patada a una lata vacía que estaba en el suelo, pero la rabia no se le pasó. Siguió caminando, hasta que llegó a la plaza de los Escritidores. Y tuvo una idea.

Se acercó a uno de los hombres que esperaba clientes delante de su mesa y le preguntó:

—Buenos días, señor Miguel. ¿Cuánto cuesta escribir una carta? (...)



DE CARTA EM CARTA

ANA MARIA MACHADO



Era uma vez um menino pequeno que morava numa cidade pequena. Acho até que não foi há muito tempo. Nem muito longe daqui. E que o menino não era tão pequeno assim. Mas ainda não sabia ler nem escrever. Muita gente na cidadezinha não sabia, mesmo gente muito maior e mais velha do que ele.

A cidade era antiga e ficava na beira do mar. Tinha ruas estreitas, igrejas lindas e pracinhas.

Tinha lembranças de um tempo de muita riqueza.

Tinha fortes que não serviam para mais nada, mas antigamente tinham sido usados para defender a cidade dos ataques de piratas. Tinha casas coloniais de dois andares, com jardins em pátios internos e varandinhas cheias de vasos de flores.

E em alguns lugares, essas varandas eram grandes, no segundo andar, por cima de uns arcos que se apoiavam nas calçadas em volta das praças e largos.

Um desses largos se chamava "Praça dos Escrevedores".

Lá, debaixo das arcadas, ficavam as bancadas de trabalho dos homens que se encarregavam de escrever todas as coisas importantes que o pessoal da cidade precisava, mas não sabia – cartas, bilhetes, documentos.

Alguns escrevedores apoiavam as máquinas de escrever em cima de pequenas mesas, escrivaninhas ou até caixotes.

Outros ainda estavam começando na carreira –escreviam à mão– e cobravam mais barato. Mas



todos passavam o dia ali, sentados em volta da
praça, conversando e esperando fregueses.

Esta é a história de dois fregueses dos
escrevedores. O menino Pepe e seu avô José.



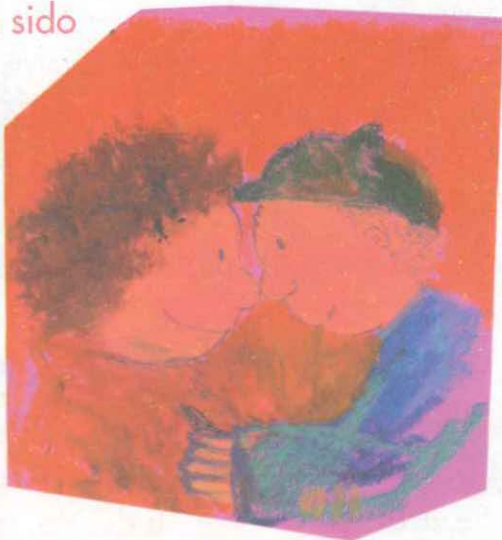
Eles moravam na mesma casa, com o resto da
família –mais quatro crianças, e os pais do menino.
A mãe dele, Teresa, era filha do avô José.

Todo dia, bem cedo, o pai e a mãe saíam para trabalhar. Os irmãos mais velhos saíam para a escola. Pepe ficava com o avô. Já tinha idade para ir ao colégio, mas não queria. Preferia ficar brincando e quase sempre faltava à aula. Dizia que precisava fazer companhia ao velho e os pais acabavam deixando.

O velho José tinha sido um ótimo jardineiro.

Agora estava cansado, mas ainda fazia pequenos trabalhos com as plantas nas casas da vizinhança.

E muitas vezes levava o neto junto, de ajudante.



Os dois eram muito amigos, mas também brigavam bastante. Eram muito parecidos – teimosos, implicantes.

Discutiam por qualquer coisa:

–Capine este canteiro. Com capricho, hein... Não deixe nem um pouquinho de mato...

—Ah, vô, não gosto de capinar. Vamos fazer assim: o senhor limpa o mato e eu rego.

—Nada disso. Vai encharcar tudo. Você sempre bota água demais, afoga as plantas...

—O senhor é que traz o regador quase vazio, porque não agüenta carregar peso. As plantas vão acabar morrendo de sede, tá sabendo? Deixe que eu faço isso.

—Está me chamando de fraco? Dizendo que eu estou velho e não presto para mais nada?

—Mas está fraco mesmo... Só estou dizendo a verdade... Também não precisa se zangar à toa.

—Você é muito malcriado, isso sim. Vou contar para seu pai. Ele vai te botar de castigo, você vai ver só. Se não pedir desculpas, já, já, quando ele chegar eu vou contar tudo o que você faz, todo dia.

O menino não queria ir de castigo. Mas não ia pedir desculpas. Ficou quieto, ruminando a raiva. O avô continuava a resmungar:

—Todo dia é a mesma coisa. A maior falta de respeito. Nunca vi um menino de sua idade dizer essas coisas a um mais velho. No meu tempo, não tinha isso... Você está muito mal-educado. Se me disser mais uma coisa dessas, vai ver só...

Furioso, Pepe saiu de casa. Bateu o portão, mas não aliviou a raiva. Não podia responder ao avô, para não ir de castigo. Mas bem que tinha vontade.

Se soubesse, dava um jeito de dizer uns desaforos a ele, mas sem falar. Escrevia uma carta bem



malcriada para o velho. Mas não sabia. E não estava com vontade nenhuma de ir à escola para aprender.

Saiu caminhando pela calçada. Xingou baixinho. Chutou uma lata vazia que estava no chão, mas a raiva não passou. Continuou andando. Até que chegou à Praça dos Escrevedores. E teve uma idéia.

Chegou bem perto de um dos homens que estava esperando fregueses diante de sua mesinha e perguntou:

—Bom dia, seu Miguel. Quanto custa escrever uma carta? (...)



ANA MARÍA MACHADO

Nace en Río de Janeiro, Brasil, en 1941. Al principio, empezó a estudiar Pintura, luego Geografía; sin embargo, no tardó mucho en cambiar de carrera: se matriculó en Letras y realizó un doctorado en Lingüística. Ejerció como profesora universitaria y como periodista. Pero en 1969, se vinculó a *Recreio*, una revista para niños, y ahí se inició como autora de literatura infantil. Desde entonces ha vendido más de cuatro millones de ejemplares de sus libros. En el año 2000 fue galardonada con el Premio Andersen. En los últimos quince años se ha dedicado a la promoción de la lectura, tanto en su país como en el extranjero: participa en innumerables seminarios, congresos y conferencias sobre lectura y literatura infantil.



PRESIDENCIA *de la* NACIÓN

MINISTERIO *de*
EDUCACIÓN
CIENCIA y TECNOLOGÍA



Organización
de Estados
Iberoamericanos

Para la Educación,
la Ciencia
y la Cultura

